

# SOS-TENEDOR



~ Simbiosis

A 25 de Diciembre del 2023



Ahora soy grande y *savio* (con uve), y he visto muchas cosas, aunque hay cosas a las que uno nunca se acostumbra y otras que a uno nunca le dejan de sorprender.

Me acuerdo cuando nací. El paisaje era bien diferente al campo de pinos que es ahora. En el bosque estábamos una mezcla de árboles de varias especies diferentes y en la colina de enfrente había mosaicos de boj, roble y pequeños prados de plantas que florecían en primavera. Entonces no había ruidos de máquinas, a los humanos solamente se les sentía pasar porque siempre iban y venían cantando en grupo, por muy cansados que sus rostros se mostrasen después de trabajar.

Con los años, fui ensanchando mi tronco y acrecentando mis ramas, y mi copa comenzó a ser casa de insectos, punto de vigilancia de aves y parada de descanso para los humanos en los días de verano. Aunque por aquel entonces rara vez reparaban en mí, a mí me gustaba observar y escuchar las conversaciones cotidianas que tenían a mi lado: “¡Qué calor hace hoy! Esta tarde iremos a bañarnos al río”, “¿Cuándo empezará a llover y podremos poner en marcha el molino?”, “Pues ayer fui a llevarle la comida a la vecina y me contó lo de que su nieto se va a ir a vivir a la ciudad, dice que ahí es donde están las oportunidades...”.

Me gustaba sentirme acogedor y cobijo de aquellos momentos. Me acuerdo especialmente de aquel viajero que venía por el sendero acompañado de su burrito, burro cargado con alforjas de trastos extravagantes traídos posiblemente de lugares lejanos. Enseguida reparó en mí cuando se detuvo a buscar un sitio para descansar y se acercó a acariciarme la corteza. Hizo una hoguera, y pasó esa noche y dos más descansando a mi vera. Recuerdo el dulce sonido de la flauta que tocaba en la mañana y el relajante aroma que desprendía el incienso que prendía al atardecer.

Soy una memoria con vida. Recuerdo intensamente el día del incendio. Las llamas habían brotado después de una noche de tormenta eléctrica y el amanecer se despertó más rojo de lo habitual. Recuerdo el calor del fuego y los gritos de la gente corriendo con cubos de agua, agua que arrojaban sobre mí apagando las llamas y enfriando mis ramas. De aquél día conservo un tatuaje negro en un costado de mi tronco.

Los años pasan a través de mí como pasan los días para una mariposa. La tierra, el Sol y el agua me permitieron desarrollarme vigoroso; y la gente del pueblo tomó por costumbre subir cada solsticio de invierno a la colina donde yo me hallaba y reunirse en círculo bajo mi copa. En la noche más larga del año, el ambiente invitaba a hacer

reflexión. Ver qué se quería dejar atrás y qué nuevo se quería comenzar. Los paisanos compartían sus reflexiones y sus deseos, sus balances y sus ilusiones. Ritualizaban el final de una pequeña etapa y celebraban el comienzo de otra. Siempre acompañados de abundante comida, música y danza para alimentar el cuerpo y alma; y un fuego, servidor de luz y de calor. Yo también disfrutaba de aquel día y aprovechaba para observar los cambios en la gente del pueblo de un año para otro.

Me acuerdo del primer día que oí un motor de una máquina. Era un aparato grande y tosco, con dos ruedas traseras muy grandes, y expulsaba un humo negro por arriba. Mientras pasaba por el camino, no se podía sentir ningún otro sonido más que el de la misma máquina. Desde entonces habré oído pasar máquinas como esas miles de veces, y nunca, nunca me acostumbro al ruido.

Me acuerdo también del primer día que llegó la luz al pueblo y el efecto que trajo. A partir de aquel día las noches se hicieron menos noches y el invierno menos invierno. Fue a partir de ese preciso día que sentí que la misma luz que estaba dando luz al pueblo, se la estaba quitando poco a poco a la gente. Cada año veía menos gente reunirse bajo mi copa durante la celebración anual. Los jóvenes se habían marchado y cada vez menos familias se quedaban a pasar el invierno ahí.

Un año la gente del pueblo dejó de venir a verme. De la última vez solo recuerdo una familia y tres ancianos del pueblo. La familia se marchó buscando un sitio con escuela y otros niños. A lo largo de los siguientes años, vi como poco a poco las ventanas de las casas del pueblo dejaban de emitir luz por las noches. Las piedras de los edificios perdían su brillo y se iban tiñendo con el verde de la hiedra. Los tejados se iban cayendo, y a su vez la vegetación iba inundando las calles, ocupando las casas y tapando las ruinas del pueblo desde mi vista en la colina.

Hoy ví un paseante solitario caminar por el sendero con la mirada perdida en el suelo. Alzó levemente la mirada buscando algo de comprensión, de cobijo, de liberación, de vulnerabilidad, de amor. Se acercó a mí, abrazó mi corteza y yo lo abracé a él. Y lloró.

Después de tanto tiempo, hay cosas a las que uno nunca se acostumbra y otras que a uno nunca le dejan de sorprender. Hoy me ha sorprendido un humano como hacía tiempo que no me sorprendían. No por su bondad o por su maldad, si no por su pureza.

Creo que mi misión en esta vida es observar y sostener. Me gusta ser sostenedor. Me gusta esa palabra S.O.S-tenedor.